

La relación de Dios con el hombre // Juan José Estévez

La obra de Dios para quienes esperan en Él

Isaías 64:4 nos recuerda que Dios obra a favor de aquellos que esperan en Él, estableciendo una perspectiva clara sobre la relación entre Dios y la humanidad. Aunque la traducción de la Reina Valera pueda resultar confusa, el mensaje esencial es que Dios no necesita de nuestro esfuerzo humano para actuar; Él trabaja por aquellos que confían plenamente en Él. Así como Dios creó los cielos y la tierra en seis días sin ayuda humana, sigue actuando en favor de quienes depositan su esperanza en Él. La diferencia entre el esfuerzo humano y el favor divino es significativa: Dios no se cansa ni necesita descanso, pero sigue obrando por quienes confían en su propósito.

La confianza en Dios versus los esfuerzos humanos

Dios valora más nuestra confianza que nuestras acciones. Jesús enseñó que no vino para ser servido, sino para servir, mostrando que su interés está en nuestra fe y dependencia de Él. Servir a Dios trae honra a nuestra vida, pero no garantiza automáticamente su favor; la bendición divina no se recibe en función de nuestros méritos, sino de nuestra confianza en Él. Ejemplos como la hospitalidad de Gallo en la epístola de Juan muestran que servir a los hermanos es importante, pero siempre debe estar acompañado de una relación confiada con Dios. El favor divino se basa en quién es nuestra confianza y no en lo que logramos con nuestros esfuerzos.

La gracia de Dios y la importancia de la fe

La gracia de Dios es un regalo que no depende de nuestras obras, sino de la fe que tenemos en Él. Incluso en tiempos de dificultad, como la pandemia del COVID-19, es esencial mantener la confianza en Dios y no perder de vista su propósito. La relación con Él se fundamenta en la confianza y la dependencia, y no en los méritos religiosos o las acciones humanas. Esta confianza nos permite enfrentar los desafíos de la vida con firmeza, sabiendo que Dios actúa en favor de quienes le esperan.

La historia de Marta y María: servicio versus relación personal con Dios

La historia de Marta y María (Lucas 10:38-42) ejemplifica dos formas de relacionarse con Dios. Marta se centra en el servicio y los sacrificios, mientras que María prioriza la escucha y la relación personal con Jesús. María eligió la «buena parte», mostrando que la comunión con Dios y la atención a su palabra son fundamentales para vivir de manera que le agrade. Este relato enseña que el valor de nuestra vida espiritual no se mide solo por nuestras acciones, sino por la calidad de nuestra relación con Dios.

La reacción de Marta y María ante la muerte de Lázaro

La diferencia entre Marta y María se hace evidente ante la muerte de Lázaro. Marta expresa su preocupación y duda, confiando más en la capacidad de Jesús que en su fe personal, mientras que María se postra ante Él con dolor y confianza. La

actitud de María refleja la importancia de mantener comunión con Jesús incluso en circunstancias difíciles, demostrando que la confianza en Dios es esencial para enfrentar las pruebas de la vida.

La gracia de Dios en la resurrección de Lázaro

La resurrección de Lázaro muestra que la gracia de Dios actúa independientemente de nuestros méritos. Mientras Marta carecía de fe plena, María encontró consuelo y esperanza en Jesús. La historia subraya que el favor de Dios se recibe a través de la confianza en Él, y no mediante acciones humanas. La confianza personal en Dios garantiza que Él trabajará en nuestra vida, cumpliendo su propósito.

El pecado de David y la confianza en Dios

El pecado de David al realizar un censo muestra que confiar en nuestros recursos en lugar de depender de Dios trae consecuencias. A pesar de su ejército poderoso, David olvidó que el verdadero respaldo proviene de la gracia divina. Este relato enseña que los logros humanos no sustituyen la necesidad de confiar en Dios y que el peligro mayor suele estar en la falta de fe interna, más que en los enemigos externos.

La confianza en Dios versus la dependencia de recursos propios

El ejemplo de David nos recuerda que contar fuerzas propias es insuficiente frente a los desafíos de la vida. Los enemigos más peligrosos no siempre son externos, sino internos: dudas, orgullo y dependencia de nuestras capacidades. La confianza en

Dios es la clave para superar estas dificultades y garantizar la protección y dirección divinas en nuestra vida.

Josué y la lucha contra enemigos internos

Josué enfrentó la resistencia interna del pueblo liberado de Egipto, que dudaba entre servir a Dios o a ídolos. Su firmeza y confianza en el Señor establecieron un modelo de liderazgo espiritual: mantener la fe y guiar al pueblo hacia la obediencia a Dios, incluso cuando la tentación de volver a la esclavitud espiritual estaba presente. Este ejemplo resalta que los enemigos internos requieren más atención que los externos.

La confianza en Dios en la lucha contra Goliat

David confió en el espíritu que Dios le había otorgado desde joven más que en su ejército al enfrentar a Goliat. Este acto de fe demuestra que la confianza en Dios es más poderosa que la fuerza humana y que enfrentar los desafíos con fe nos permite actuar con eficacia sin depender de recursos propios.

El arrepentimiento de David y la misericordia de Dios

Tras reconocer su pecado, David pidió a Dios remover la iniquidad de su vida, demostrando que la confianza en el Señor es crucial incluso cuando enfrentamos corrección o juicio. Dios le ofreció opciones de castigo, y la decisión de David de someterse a Su juicio mostró que confiar en Dios es más importante que buscar soluciones convenientes o humanas.

La misericordia de Dios y la redención a través de Jesús

La historia de David y la obra redentora de Jesús en la cruz muestran la magnitud de la misericordia de Dios. David buscó refugio en la mano de Jehová, consciente de que Su misericordia es infinita. La gracia divina permite vivir dependiendo de Él, y su corrección, aunque a veces dura, refleja su cuidado y deseo de restauración.

La muerte del pecado y la redención en Cristo

La muerte de Jesús en la cruz simboliza la muerte del pecado y la satisfacción de la justicia divina. Los creyentes participan en esta muerte al dejar atrás el ego y las inclinaciones pecaminosas, cumpliendo la ley en Cristo. La redención implica morir al yo y vivir en obediencia y confianza en Dios, entendiendo que nuestra justicia proviene de Él y no de nuestros esfuerzos.

El reconocimiento del pecado y la obra del Espíritu Santo

El reconocimiento del pecado es el primer paso para que el Espíritu Santo actúe en nuestra vida. David se postró ante Dios, admitiendo su error al contar el ejército. Este acto de humildad permite que la obra redentora de Cristo se aplique a nosotros, recordándonos que no podemos satisfacer la justicia divina por nosotros mismos, sino que necesitamos la intervención de Dios.

El sacrificio y la justicia de Dios

Dios no castiga al impío sin mediación; Jesús tomó nuestros pecados y murió en la cruz, ofreciendo redención. David ofreció un sacrificio conforme a la indicación del vidente Gad, asegurando que su acto fuera legítimo y costoso, reflejando un principio espiritual: la sinceridad y el costo personal en la ofrenda a Dios. Así como David pagó el precio justo, Jesús pagó con su sangre por los pecados de la humanidad.

La restauración de David y la gracia de Dios

La vida de David demuestra que Dios restaura a quienes confían en Él. A través de su obediencia y sacrificio, recibió señales de la justicia divina cumplida y mostró que la gracia de Dios puede transformar a personas aparentemente ordinarias en instrumentos útiles para su propósito. La restauración divina es un testimonio del poder de la fe y la confianza en Dios.

La verdadera esperanza en Dios y la importancia de la confianza

La verdadera esperanza y el favor de Dios no dependen de lo que podemos hacer, sino de nuestra confianza en Él. David es un ejemplo de vida forjada en la esperanza en un Dios vivo. Servir a Dios es importante, pero confiar en Él es fundamental, porque es Él quien obra en favor de quienes esperan en Él. La gracia y la dirección divina se reciben a través de la fe, y el Espíritu Santo es quien promueve esta relación transformadora en nuestras vidas.